



«La religión moderna es la del ídolo»

Seix Barral publica 'Wendolin Kramer', de Laura Fernández, una trepidante y quijotesca novela sobre una eterna 'posadolescente' que aspira a derrotar la maldad

LETICIA BLANCO / Barcelona

A sus casi 30 años, la pelirroja Wendolin Kramer sigue viviendo con sus padres en un piso sin luz en una Barcelona sonámbula. No tiene amigos, exceptuando a Kirk Cameron, el único que la escucha y sonríe con cara de póster desde la pared de su habitación. Wen lleva una existencia más bien mediocre rodeada de una madre dictadora (que cree hablar en alemán), un chuchito deprimido (al que acabará llevando al psicoanalista) y montañas de cómics de superhéroes. Hasta que decide transformarse en uno, se convierte en Súper Chica y, como sucede en todas esas historietas en las que el Bien derrota al Mal en mallas, aparece en escena un supervillano que, para más señas, es un ex detective metido a gigoló que en sus ratos libres reescribe novelas de Virginia Woolf en versión rosa.

¿Una locura? Probablemente sí, pero bienvenida sea. *Wendolin Kramer* (Seix Barral), la segunda novela de Laura Fernández (articulista de EL MUNDO y autora de la también delirante *Bienvenidos a Welcome*), está escrita con una libertad tan asombrosa como poco habitual, a medio camino entre la literatura escapista de ciencia ficción y el cómic. Su protagonista es una chica vulnerable que un día decide salir a saludar al mundo y, cuando lo hace, es vapuleada por una realidad fea y cruel.

«Es una novela sobre la ingenuidad», explica su autora. «Wendolin lo es, en extremo, y el hecho de que lleve un traje debajo de la ropa la ridiculiza aún más. Pero es su respuesta a este mundo tan horrible que le ha tocado vivir. Y no creo que no exista alguien que no haya pensado alguna vez, como ella, que no encaja», añade. Lo mismo le pasa a toda la galería de quijotescos personajes que se pasean por *Wendolin Kramer*. Todos acaban siendo caricaturas de sí mismos, algo que pone en evidencia sus puntos débiles.

Por eso no es casualidad que en la novela se respire el eco de la litera-



La escritora y periodista Laura Fernández, ayer en Barcelona, donde dio a conocer su novela. / ANTONIO MORENO

Es un 'collage' pop con multitud de elementos, como en su primer libro

tura *looser* de John Fante. «*Pregúntale al polvo me cambió la vida*», confiesa Fernández. «Leyéndola entendí que vivimos en un teatro y que tienes que adoptar tu papel en la vida. Aunque nunca hay que tomárselo demasiado en serio, hay que reírse de uno mismo», afirma la autora.

Pero hay más. Fernández no sólo se declara *fan* de Fante, sino que defiende la cultura del *fan* en sí misma. «La novela es un alegato a favor de la cultura del ídolo, que no es otra cosa que la religión moderna», confiesa. «Dios ha muerto, pero todos necesitamos la plumita de Dumbo para seguir adelante, algo que

nos haga sentir que no estamos terriblemente solos. Soy *fan* de la idea del *fan*. Creo que escuchar a un cantante o leer a un escritor que se haya sentido igual de perdido que tú en algún momento de su vida y te hace sentir que, después de todo, ni estás tan solo en el mundo ni tan loco como pensabas, puede ayudarte más que mil amigos», defiende.

Entre los referentes que Fernández ha frecuentado con fervor y fidelidad están desde Douglas Adams al rabioso y lúcido Kurt Vonnegut, haciendo parada en otro de sus imprescindibles, Philip K. Dick. Y lo cierto es que, probablemente, *Wendolin Kramer* no existiría sin la tantas veces ninguneada ciencia ficción. «Es el único género que te permite ser totalmente libre como autor. Puedes hacer que tu protagonista sea de color azul o que se quede embarazado, lo que quieras. Y eso me parece una parábola sobre el mundo que vivimos igual de válida

«Defiendo la ciencia-ficción. Adams y K. Dick son mi gasolina para escribir»

que la novela más superrealista», afirma convencida. «Adams y K. Dick tienen una imaginación desbordante. Para mí son como gasolina para escribir, cualquier párrafo escrito por ellos te *desembota* el cerebro». Por eso no es de extrañar que, generaciones y modas al margen, Fernández se sienta algo sola en su afán por ir más allá y divertirse, aunque cada vez menos. «Aquí nos lo tomamos todo demasiado en serio, nos da miedo ser divertidos. Es lo que adoro de los americanos, que escriben sin el peso del canon sobre sus hombros. Para ellos, la literatura es una autopista».